

# LOS FORASTEROS DEL TIEMP



LA AVENTURA DE LOS BALBUENA  
CON LOS VIKINGOS

Roberto Santiago  
& Pablo Fernández



sm



**fundación sm**

**La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.**

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en [www.fundacion-sm.org](http://www.fundacion-sm.org)

LITERATURASM•COM

Primera edición: marzo de 2021

Edición ejecutiva: Berta Márquez  
Coordinación de diseño: Lara Peces

Ilustraciones de Guillermo Esteban Bustos  
basadas en el diseño gráfico original de Enrique Lorenzo  
Colorista: Santiago Lorenzo

Este libro fue publicado por mediación de Dos Passos Agencia Literaria.

© del texto: Roberto Santiago y Pablo Fernández, 2021

© Ediciones SM, 2021

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-1392-031-3

Depósito legal: M-1771-2021

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







# 1

Caigo.

Caigo.

¡Sigo cayendo!

Más.

Y más.

Hasta que finalmente...

¡Me estampo contra el suelo!

O mejor dicho...

¡Me estampo contra alguien!

–¡¡¡Ayyyyyyyyy!!! –exclama una voz debajo de mí.

He aterrizado... ¡sobre una persona!

Los dos estamos hechos un ovillo en el suelo.

–¿¡De dónde sales tú!? –pregunta el chico que tengo bajo mis pies, empujándome–. ¿¡Has caído del cielo!?

No puedo responder.

En ese instante, un zumbido pasa a toda velocidad sobre nosotros.

FIUUUUUUUUUUUU...

Es una lanza muy afilada.

Ha pasado rozándonos.

Se clava unos metros más allá.

Si no hubiera caído encima del chico, la lanza le habría atravesado.

–¡Me has salvado la vida! –grita.

Va cubierto por un yelmo y una malla.

Tiene la piel pálida y, aunque el casco lleva una especie de antifaz, puedo ver sus ojos azules.

En su mano lleva una gran espada.

Debe tener aproximadamente dieciséis años.

Parece muy enfadado.

–¡Quítate de encima! –grita empujándome–. ¡No puedes salvarme la vida!

–Lo siento –digo sin comprender.

Miro a mi alrededor.

Por todas partes hay guerreros gritando, corriendo, peleando.

Estoy en medio de una gran batalla.

Es un caos total.

Al fondo distingo el sonido de las olas rompiendo en la orilla del mar.

Me ajusto las gafas.

El sol se refleja en los cristales de mis gafas y ciega al chico que tengo delante.

Aparta la cabeza, incómodo, con un gruñido.

–¡Agh! –exclama.

Justo en ese momento, un hacha pasa volando a escasos centímetros de su cabeza.

¡No le ha alcanzado por muy poco!

–¡Otra vez! –protesta fuera de sí–. ¿Se puede saber por qué estás empeñado en salvarme la vida?!

–Ha sido sin darme cuenta –respondo.

–¿Cómo te atreves? –dice orgulloso–. ¡Soy Erik, hijo del rey Harald, príncipe y señor de Tyrheim! ¡Soy el más bravo de los vikingos!

–¿Eres un vikingo? –pregunto sorprendido–. ¿Te importa decirme dónde estamos? ¿Y en qué año?

Me observa frunciendo el ceño.

–Estás totalmente chiflado –dice Erik.

Empuña su espada, preparado para unirse de nuevo a la batalla.

Ante nosotros hay una gran abadía protegida por un alto muro.

Un grupo de guerreros vikingos está asediándola.

Gritan y atacan sin parar.

-¡¡¡UHHHHHHHH!!! ¡¡¡UHHHH!!! ¡¡¡UHHHHHH!!!

La mayoría tienen ojos claros y largas barbas.

Golpean la puerta y los muros de la abadía con fiereza.

Llevan cascos, escudos redondos con una pieza metálica en el centro y armas enormes en las manos.

Espadones.

Hachas de doble filo.

Lanzas.



Arcos con flechas.

Son imponentes, la verdad.

Proviene de un barco que hay atracado en la orilla.

Tiene una vela cuadrada, roja, y una figura de un dragón en el mascarón de proa.

–¡Nadie le salva la vida al príncipe de Tyrheim! Como vuelvas a salvarme... ¡te vas a enterar! –me amenaza Erik–. Estás advertido.

Se oye un crujido mecánico, y un objeto sale del interior del monasterio volando hacia donde estamos.

FLOSSHHH...

¡Es una bola de fuego!



Recorre el cielo dejando una estela de llamas y humo tras de sí.

La bola de fuego cae en la playa y estalla muy cerca del barco.

¡El fuego y el aire caliente se expanden a toda velocidad hacia nosotros!

¡Nos vamos a abrasar!

Por puro instinto, me lanzo sobre Erik.

Ambos caemos de nuevo al suelo.

–¡A cubierto! –exclamo, poniendo mis manos sobre ambos.

La ola de fuego pasa por encima de nosotros.

No nos ha quemado por muy poco.

–¡Otra vez! ¿¡Otra vez!? –se queja Erik, incorporándose–. ¿¡Es que estás sordo!? ¡Que no me salves la vida, por Odín y por todos los dioses de Asgard! ¡Que no me salves!

–Perdón –me excuso por tercera vez.

No entiendo muy bien por qué se enfada tanto.

Está tan fuera de sí que no atiende a razones.

El asedio a la abadía continúa.

Nunca imaginé que asistiría a un ataque vikingo en directo.

La verdad es que, últimamente, a mí y a mi familia nos ocurren cosas un poco extrañas.

Luego intentaré explicarlo.

En los muros de la abadía aparecen monjes encapuchados con arcos y flechas, y empiezan a disparar a los atacantes.

Algunos vikingos se protegen de las flechas con gruesos escudos de madera.

Otros resultan heridos y caen.

Los que permanecen en pie continúan intentando escalar el muro.

Y golpean el portón con sus hachas y sus espadas.

Tonk.

Tonk.

Tonk.

Ninguno da un paso atrás.

La puerta no cede ni un centímetro.

La resistencia de los monjes es tremenda.

Erik señala con su espada el enorme portón de madera que da acceso a la abadía.

—¡Hay que derribar la puerta y entrar como sea! —grita Erik—. ¡Ya!

—¡Se suponía que eran monjes indefensos! —exclama un vozarrón—. ¿¡Por qué tienen arcos y bolas de fuego griego, y tantas armas!? ¡Te has vuelto a equivocar, Erik!

El que ha hablado es un vikingo gigantesco, de más de dos metros de altura.

En la mano derecha lleva un hacha, y en la izquierda, una espada.

Sobre su cabeza, una enorme cabeza de lobo, con las fauces abiertas.

Su expresión es la más terrorífica que he visto nunca.

–Nos estaban esperando. Es una trampa –le responde Erik, confuso.

Rodeado por sus compañeros, salta a la vista que Erik es más joven y enclenque que el resto, sin barba ni bigote.

Sin embargo, su yelmo y su malla son mucho más llamativos. Tienen brillos metálicos rojizos.

Me recuerda a algo, aunque no sé muy bien el qué.

–¡Estoy harto de tus meteduras de pata, Erik el Torpe! –replica el gigante, con una voz que suena como un trueno.

–Mide tus palabras, Olaf Comelobos –le advierte una vikinga alta y espigada, muy rubia–. Recuerda que le estás hablando a tu príncipe.

La chica es de la edad de Erik.

Una segunda bola de fuego sale lanzada a toda velocidad desde el interior de la abadía y se estrella donde está el grupo principal de los vikingos, cerca del muro.

Varios guerreros salen despedidos por la onda expansiva de las llamas.

Después, cae otra bola.

Y otra más.

Las llamas se extienden por la playa, la vela del barco está en peligro.

Los vikingos están atrapados entre las llamas y el muro de la abadía.

Erik abre mucho los ojos, preocupado.

–¡Retirada, toca retirada! –le ordena a un guerrero, que inmediatamente se dispone a soplar un cuerno.

Llena sus pulmones de aire y, cuando está a punto de soplar, alguien coloca un hacha sobre su cuello.

–¡Los vikingos no nos rendimos! –brama Olaf, muy serio–.  
¡Nunca!

–Van a matar a todos los hombres, Comelobos –le responde Erik.

–¡Moriremos luchando y las valkirias nos llevarán al Valhalla!  
–replica Olaf.

–Hoy no es el día, Olaf –concluye Erik–. ¡Baja el hacha y deja que toque retirada!

El propio Erik coge el cuerno para soplar él mismo.

–Inténtalo –le reta Olaf, señalándole con su hacha.

Erik le mira fijamente, dudando.

Olaf abulta el doble que él.

Los guerreros vikingos se agolpan, atentos a lo que ocurre entre Erik y el Comelobos.

–No vamos a conseguir entrar en la abadía –insiste Erik–. Esas puertas son inexpugnables.

Olaf levanta su arma, desafiante.

Erik le mira asustado.

El Comelobos está a punto de golpearle con el hacha.

Y en ese momento...

¡El portón se abre de par en par!

-¿¡Eeeeeeeeeeeeeeh!?

Todos se giran atónitos hacia la abadía.

De pronto y sin ninguna razón aparente... ¡las puertas se han abierto!

Del interior salen seis personas: mi padre, mis hermanos Santi y Susana, mis vecinas Mari Carmen y María, nuestro amigo Cobb...

Y un mono.

Son ellos quienes han abierto la abadía.

-¿Qué pasa, por qué nos miran todos? -pregunta mi padre con cara de despistado, tocándose el bigote.